

6. FOLKLORE

SIR JAMES G. FRAZER
REMINISCENCIAS DE UN FOLKLORISTA

Por NARCISO GARAY DIAZ

A Octavio Méndez Pereira, en recuerdo de nuestros cortos e involuables días de Londres. Bogotá, Marzo de 1943.

Es realmente maravilloso vivir en esta época de realizaciones en los dominios de la ciencia pura y de las ciencias aplicadas que nuestros padres no tuvieron siquiera la oportunidad de conocer y que, por lo tanto, no pudieron envidiarnos. ¿Qué supieron ellos de automóviles, aeroplanos, victrolas y radios? De telégrafos y teléfonos sí, porque esos fueron inventos de la generación a que ellos pertenecían y de los cuales pudieron disfrutar ampliamente, pero sin prever ni adivinar nuestros prodigios de hoy, que más bien parecen cosa de magia o brujería.

Da pábulo a estas reflexiones un hecho trivial en sí, pero que bien vale la pena de anotarse.

La revista norteamericana "Time", tan socorrida entre los lectores que nos interesamos por tener a la mano una síntesis del movimiento mundial contemporáneo, ya no se contenta con venir hasta nosotros en tren y en barco, por correo marítimo y terrestre, trayéndonos, como antes, noticias de la semana o de la quincena anterior. Va ya para dos años que comenzó a imprimirse una edición especial de la revista, con el título de "Time Air Express" que viene por el aire en alas de los aviones internacionales y llega a poder de los abonados de América Central y Meridional uno, dos o tres días, según el caso, después de salir de las prensas de la empresa con noticias que datan apenas de uno, dos o tres días anteriores a la fecha de recibo del folleto.

Gracias a estos milagros periódicos de la vida contemporánea pudimos leer a principios de 1941, en las páginas de "Time Air Express", la noticia de la muerte nunca bien deplorada de un gran etnólogo, folklorista y psicólogo inglés, Sir James G. Frazer. Las agencias noticiosas del género de la Prensa Asociada, la Prensa Unida, la Havas, etc., estaban demasiado atareadas recogiendo informaciones sobre la guerra y no les quedaba tiempo ni voluntad para ocuparse en otras cosas. Un suceso tan importante como la muerte de un hombre de ciencia y un investigador de la talla de Sir James G. Frazer no podría interesarles ahora. Como no murió de bala en un campo de batalla o por acción de bombas explosivas o incendiarias, ni torpedeado a bordo de un buque de guerra o mercante, su fallecimiento careció de títulos suficientes para hacer entrar en vibración los cables submarinos o para poner en juego las ondas hertzianas. Gracias a "Time", empero, la noticia alcanzó a transmitirse y difundirse en los países Centro y Sudamericanos por un sistema de comunicación más rápido que el viejo correo postal, marítimo y terrestre: el correo aéreo. Hay que acreditarle esta innovación y este progreso a la celebrada revista norteamericana y desearle larga

vida con muchos nuevos triunfos y muchos abonados más.

El deceso de Frazer hizo revivir en nosotros todo un pasado que si no había muerto, dormitaba pesadamente, y desde entonces pergeñamos estas líneas en homenaje a la memoria del ilustre difunto que no pudieron ver la luz pública en su día por haberse traspapelado las cuartillas en la oficina de la REVISTA DE LAS INDIAS y habernos sido imposible reconstruirlas hasta hoy, pero queremos declarar que las escribimos con tanta devoción y amor cuanto más injusto nos pareció el silencio que la prensa de nuestros países hispanoamericanos guardó sobre el luctuoso suceso. El nombre de Frazer nos era familiar desde que por conciencia de autor nos impusimos la obligación de consultar sus obras. En nuestras Tradiciones y cantares de Panamá, ensayo folklórico que publicamos en 1930, hay algunas páginas dedicadas a la música, la poesía, los usos y costumbres de dos de nuestras principales tribus de aborígenes panameños: los cunas y los guaymíes, y nadie que se interese medianamente en cuestiones de etnología, folklore, indigenismo, siquiera sea a título transitorio, como nosotros, tiene derecho de ignorar el aporte colosal de Frazer al estudio de las razas inferiores, no civilizadas o salvajes, y de las manifestaciones sui generis de su actividad espiritual.

Nuestro mencionado libro, del cual hay ejemplares en las librerías de Bogotá, fue concebido originalmente en forma de novela, y de ella conserva todavía en su estructura definitiva no pocos vestigios o rezagos; pero ocurrió que en 1929 celebramos contrato con nuestro gobierno para hacer imprimir y suministrarle varios miles de ejemplares de la obra mediante condiciones que nos obligaron a cambiar radicalmente el plan primitivo de trabajo, eliminando todo elemento novelesco susceptible de atentar contra la severidad propia de un texto que debía convertirse pronto poco menos que en un documento oficial. Casi toda esa transformación se llevó a cabo a bordo de uno de los vapores de la línea "Elders & Fyffes" que hacía entonces viajes regulares de Colón a Bristol y empleaba dos semanas en la travesía. En él navegábamos a la sazón con rumbo a Europa, para dar cumplimiento a nuestras obligaciones contractuales.

Cuando llegamos a Londres fue a recibirnos a la estación de Victoria (¿estará todavía en pie?) el entonces ministro de Panamá ante la corte de St. James, nuestro amigo y colega el doctor Octavio Méndez Pereira. En compañía de él volvimos a frecuentar uno de nuestros más caros y antiguos conocidos de la City: el British Museum, libre todavía de vandálicos bombardeos. Nos recibió en su despacho el capitán Joyce, funcionario del Museo y etnólogo distinguido que regresaba de una exploración científica en Colombia Británica, de donde traía una riquísima colección que se exponía al público en esos días. El capitán era el esposo de una escritora inglesa, Lilian Elliot Joyce, que tenía campo abierto para su plu-

ma en el "Times" de Londres. Nos la había presentado en Panamá Mrs. Jean Heald, otra escritora de lengua inglesa pero de nacionalidad norteamericana que acaba de publicar un interesante libro sobre el Istmo de Panamá. Mrs. Joyce nos habló en Panamá de su esposo el capitán, y nos invitó a visitarlo en el Museo Británico cuando llegáramos a la gran metrópoli londinense, cosa que hicimos sin tardar, como hemos visto.

Otra de nuestras visitas documentarias en Londres, a la cual nos acompañó también el ministro Méndez Pereira, fue la que hicimos al local de la Folk Dance and Folk Lore Society, en plena City. Allí convinimos con las señoras que nos recibieron y atendieron en que a la llegada del otoño, cuando comenzara la "season", regresaríamos a Londres y daríamos conferencias de carácter folklórico para la Sociedad de que ellas hacían parte. Pero este ofrecimiento nunca llegó a realizarse, aunque no por falta de voluntad de nuestra parte.

Nuestra corta estancia en Londres, y, sobre todo, las frecuentes escapadas que hacíamos del Hotel Victoria a la biblioteca del Museo Británico nos dieron pronto una noción general, aunque superficial, de lo que fue esa escuela inglesa de antropólogos y etnólogos a la cual perteneció el autor del Ramo de oro, cuya muerte nos anunciaba "Time Air Express" a principios de 1941.

Como resultado de esa primera impregnación, nuestras lecturas ulteriores en la Biblioteca Nacional de París, donde poco después sentamos nuestros reales, se concentraron durante corto tiempo en las obras capitales de aquellos autores, las columnas fundamentales, por decirlo así, de ese importante sector de la ciencia y la filosofía inglesa: La civilización primitiva, de M. E. B. Tylor, y El ramo de oro, de Sir James G. Frazer, sin mencionar obras como Las Sociedades secretas primitivas, de Webster, y otras de Andrew Lang y de Hartlang, que bien pueden considerarse como astros de inferior magnitud comparativamente a las dos primeras.

Nuestra libreta de apuntes de aquellos días está llena de resúmenes y transcripciones de nuestras lecturas, mezcladas con algunas apreciaciones personales, todo lo cual reproducimos a continuación en lo que tiene de pertinente al tema de este artículo.

Frazer, como Tylor y los numerosos discípulos de ambos, vivieron en un tiempo en que la filosofía de Spencer y la teoría evolucionista de Darwin habían alcanzado su mayor prestigio. Esos sistemas filosóficos y científicos, tan afines entre sí, se consideraban como la llave maestra capaz de abrir todas las puertas que conducen a la investigación de la verdad científica y de iluminarla repentinamente con claridades insospechadas. Se las creía adaptables a toda categoría de hechos naturales y de servirles de principio general director. Tylor, Frazer y sus adeptos, no podían escapar a los efectos de esa influencia agobiadora que iba asumiendo en Inglaterra las proporciones de una institución nacional. Ya Spencer mismo había dado el primer paso en esa dirección recurriendo a la

teoría anímica para explicar el mecanismo mental de las sociedades inferiores o primitivas. Fundándose en los principios de la psicología asociacionista y en las leyes de la lógica formal, el desenvolvimiento de las funciones mentales del hombre constituye para él una larga y no interrumpida evolución que arranca de las creencias animistas de los salvajes, recorre una serie de etapas sucesivas y termina en las más altas lucubraciones filosóficas y científicas de los grandes genios de la humanidad.

Todos los antropólogos ingleses de ese tiempo siguen los principios generales de esa filosofía, y para interpretar los fenómenos sociales que suscita el estudio de las tribus y sociedades no civilizadas, se fundan en esa doctrina animista que tan cara les era y que podemos estimar dorsal de su sistema.

Afirmaban la identidad absoluta del espíritu humano desde el punto de vista lógico, cualesquiera que fuesen las circunstancias de tiempo y lugar en que se ejercitasen sus actividades, y sobre ese postulado asentaron sus conclusiones.

Dentro de ese programa conceptual aquellos investigadores y hombres de ciencia realizaron una labor grandiosa acopiando hechos y observaciones, estudiándolos por el método comparativo e ilustrándolos con interpretaciones e hipótesis que en ciertos casos han podido ser plenamente verificadas y confirmadas. Es ése, sin duda alguna, su principal título a la gratitud de la posteridad y a la admiración de sus contemporáneos: el inmenso acervo documental que lograran rescatar del olvido y entregar a la investigación de los especialistas en un momento histórico en que la penetración por las fuerzas llamadas de la civilización de las zonas geográficas habitadas por las puebladas primitivas comenzaban a poner en peligro la existencia misma de ese valioso acervo.

Ellos explicaban las relaciones mentales que presiden las "representaciones" colectivas de los salvajes (y decimos representaciones porque, refiriéndonos a los salvajes, no cabría hablar de ideas ni de conceptos) por medio de la asociación de ideas, por el principio de causalidad y otros métodos propios de la psicología y de la lógica. Tylor en *La civilización primitiva* y Frazer en *El ramo de oro* dan cuenta de creencias y prácticas que existen entre los salvajes y que subsisten parcialmente entre los civilizados, valiéndose de una hipótesis en extremo ingeniosa. Hela aquí:

El primitivo no cree, como Calderón, que los sueños, sueños son; para él los sueños son realidad, y de esa convicción infiere la dualidad de su propia existencia, así como cree en la existencia dual de los muertos y los ausentes, con quienes conversa, discute y combate en sueños. Una de esas dos existencias es la vida, la real, la que siente el hombre cuando está despierto; la otra es la de lo que forzando las palabras llamaríamos su alma, que puede separarse del cuerpo y tomar forma de fantasma cuando el hombre duerme. Esta es la primera parte de la hipótesis animista, y a fe que es imposible no estar de acuerdo con ella.

Pero no contento con esta convicción profunda que acabamos de apuntar, el primitivo se entrega —según los animistas— a las operaciones lógicas de la generalización, y por asociación de ideas llega a atribuir a todos los seres que lo rodean, a todos los fenómenos naturales que sus sentidos le atestiguan, almas, espíritus, voluntades como las suyas propias y las de sus semejantes; y es aquí, en esta segunda parte de la hipótesis, donde comienza la discrepancia. Así nace esa filosofía natural, rudimentaria e infantil, ese animismo universal que es el primer término de la evolución del espíritu humano en el sistema de Spencer.

Nuestras lecturas en la sala general de la Biblioteca Nacional de París, de la cual éramos ya clientes asiduos desde 1900, tomaron en breve un incremento inusitado, y de la escuela anglosajona pasamos a familiarizarnos con la francesa, cuyo precursor general pudimos identificar en la persona de Augusto Comte, el fundador del positivismo.

Del otro lado del Canal de la Mancha la psicología spenceriana no encontraba el mismo ambiente propicio que en las Islas Británicas. La ideología francesa se sentía más atraída hacia la sociología que hacia la psicología. Durkheim con *Las formas elementales de la vida religiosa*, Marcel Mauss con las contribuciones que para el esclarecimiento de estos problemas publicaban los *Trabajos del año sociológico* que él dirigía, pero, sobre todo, Lucien Lévy-Bruhl con *Las funciones mentales*, *El alma primitiva*, *La mentalidad primitiva*, levantaron una nueva construcción ideológica que bien podríamos considerar como la aplicación y el desarrollo del principio general sentado por Comte en el *Curso de filosofía positiva*, donde lo enuncia en esta forma lapidaria: “No hay que definir la humanidad por el hombre, sino al contrario, el hombre por la humanidad”.

Marcel Mauss, refiriéndose precisamente a Sir James G. Frazer y a su célebre obra sobre el totemismo, sin dejar de reconocer el alto mérito de esta última, hace notar en la *Grande Enciclopedia* la tendencia del autor a no considerar sino los hechos favorables a su tesis, descuidando todos los demás, como si un buen método de trabajo no obligara a tomar en cuenta todos los hechos sociales del mismo orden, tanto los concordantes como los discrepantes.

Estos pensadores franceses, a la inversa de sus colegas británicos, estiman que los hechos sociales, los fenómenos colectivos tienen sus leyes propias a las cuales obedecen, en tanto que, a su juicio, la psicología sólo encara los problemas del espíritu humano individual, que son de orden distinto. De igual manera rehusan aplicar el principio de contradicción, base de la disciplina lógica de nuestra mentalidad, a la solución de los problemas relacionados con las instituciones, creencias y prácticas de los salvajes. Por el contrario, es el examen de las llamadas “representaciones colectivas” de los seres inferiores y de sus relaciones o enlaces mentales el que puede, en concepto de ellos, iluminar y resolver la incógnita

del origen de nuestras categorías y mecanismos lógicos.

Su trayectoria ideológica es, pues, esencialmente igual a la que trazó a grandes rasgos y con mano maestra Augusto Comte en su apotegma arriba citado. En vez de fundar el conocimiento de la especie en el conocimiento del individuo, ellos querían elevarse al conocimiento del individuo por el de la especie.

Lucien Lévy-Bruhl, en particular, construye sobre bases nuevas un sistema totalmente diferente, por no decir antagónico al de los antropólogos ingleses. Descubre en la masa de los hechos y fenómenos estudiados por la etnología una nueva ley que denomina de participación, la que opone a la ley de contradicción por la cual se rigen las operaciones lógicas de nuestra mentalidad civilizada. Según dicha ley de participación, la mentalidad primitiva no es lógica, ni antilógica, sino prelógica, calificativo con el cual quiere significar que las violaciones de la ley de contradicción son indiferentes a dicha mentalidad, la cual admite perfectamente que una cosa sea y no sea al mismo tiempo. Para ella, las cosas se compenetran esencialmente entre sí; el retrato, en vez de ser la imagen del modelo, se confunde con éste hasta el extremo de no haber diferencia esencial entre el uno y el otro. Una especie de fluido espiritual atraviesa los seres, los pone en comunicación unos con otros y aun les permite transmutarse, convertirse los unos en los otros. Las operaciones discursivas del pensamiento no se traducen, para el primitivo como para los civilizados, en categorías, conceptos o abstracciones que son fruto de funciones intelectuales ya muy diferenciadas; en él, lo lógico y lo prelógico coexisten sin repelerse, aunque lo prelógico predomina porque su mentalidad es esencialmente sintética y mística. Es sintética en el sentido de que la facultad analítica desaparece de ella por completo, y es mística en el sentido de que profesa una fe ciega en fuerzas ocultas, influencias invisibles, acciones misteriosas imperceptibles para los sentidos. Libre de las trabas del mecanismo lógico a que está sujeta nuestra propia mentalidad civilizada, la del primitivo refleja, sin embargo, en la uniformidad que la caracteriza en todos los climas y latitudes, la estructura social de que procede y de la cual es, a su turno, reflejo fiel. Las instituciones determinan o plasman de antemano las combinaciones mentales posibles de lo que Lévy-Bruhl llama, dando a las palabras una acepción convencional, las "representaciones colectivas" de los salvajes, ya que ni ideas ni conceptos propiamente dichos podemos atribuirles en rigor, como antes dijimos. Y así, en la filosofía de este autor el animismo deja de ser el principio fundamental para ser sustituido por leyes emanadas de la sociología; al principio de contradicción, a la lógica, a la asociación de ideas y a la causalidad, opone la ley de participación y los procesos de la mentalidad prelógica y mística.

Una fuente de documentación importantísima que no podríamos, por ningún concepto, pasar aquí en silencio, es la que sumi-

nistran los relatos y memorias de los Misioneros y Padres Jesuitas que en los días de la colonización europea de las Américas entraron a los núcleos de población indígena como una vanguardia espiritual y comenzaron a tratarlos, a estudiarlos y a catequizarlos. Ellos pudieron observar a los indios en su prístino estado de incultura, limpios de la influencia de la civilización y por eso sus escritos tienen hoy un valor incalculable para el adelanto de la ciencia etnológica y antropológica.

Las célebres Relaciones de los Jesuitas que editó Thawites en los Estados Unidos, las Memorias de los padres Le Jeune, Le Clerc, de Smet y de Charlevoix, y más cerca de nosotros, los libros de Krantz y del Padre Gumilla sobre Groenlandia y El Orinoco Ilustrado, respectivamente, son, desde ese punto de vista, un tesoro precioso que nunca sabremos valorar en toda su extensión. Esos viajeros y misioneros ilustres no se limitaron a registrar objetivamente los hechos y fenómenos que desfilaban ante su vista, o de los cuales adquirirían conocimiento por testimonios indirectos y circunstanciales, sino que también los coordinaban, los organizaban en teorías y postulados sistematizados. No dieron preferencia al método individual sobre el sociológico, ni a la inversa, pero partieron desde puntos de vista muy diferentes y sus conclusiones pertenecen más bien al orden metafísico y teológico. Tratándose de sujetos de observación como los indígenas, que alguien ha llamado con mucha propiedad "los metafísicos de la afectividad", esta clase de especulaciones parece muy en armonía con la índole propia de los modelos cuyo estudio se proponían hacer. Considerando a estos últimos como seres débiles de espíritu, dotados de una razón congenitalmente imperfecta, los Padres reconocen que en ellos subsisten vestigios de una revelación original que degeneró a través de las edades por razones y circunstancias de orden providencial muy difícil de puntualizar. En el cerebro de aquellos seres brillan, apenas, como fugaces fuegos fatuos, los resplandores apagados de lo que en un principio fuera la lumbre divina de la verdad revelada.

Hasta aquí los apuntes de nuestras lecturas y reflexiones en el Museo Británico y en la Biblioteca Nacional de París. Muchos vacíos se advierten en ellos. No mencionan siquiera a los etnólogos alemanes de fama universal, ni a los norteamericanos que tan admirable labor han realizado en la Smithsonian Institution, de Washington, pero así quedaron nuestras notas y tenemos que respetarlas como son y como quisiéramos que fuesen. La narración que sigue se independiza por completo de nuestra libreta de apuntes y no tiene su origen sino en nuestros recuerdos no escritos.

Fue en París, en el Hotel Céramique de la Avenue de Wagram, centro del movimiento y del ruido mundanal de esa urbe incomparable, donde recibimos cierto día del mismo año de 1929 la visita de un eminente etnólogo sueco que se ha ocupado más que ningún otro en el estudio de los indios cunas y chocoes, de Panamá. El ba-

rón Erland Nordenskjold, acompañado de la baronesa, nos sorprendió gratamente a su regreso de un congreso científico que acababa de sesionar en Barcelona y se encontraba momentáneamente en París, de tránsito para Estocolmo, su residencia habitual. Nos demostró grande interés por conocer el ensayo folklórico que en esos momentos nos proponíamos publicar: Tradiciones y cantares de Panamá. De él partió espontáneamente en esa visita la invitación que nos hizo para ir a dar conferencias sobre folklore panameño en Gotemburgo y Estocolmo, y a la cual, mal de nuestro agrado, no pudimos hacer honor. Nordenskjold que, si no me engaño, participaba de la técnica y el espíritu de los etnólogos ingleses, hacía gala, ello no obstante, de una admiración sin reservas por los trabajos tan interesantes y profundos de Lévy-Bruhl, y de ese sentimiento suyo, tan sincero como contagioso nació nuestro deseo de leer y consultar, más a fondo de lo que habíamos hecho hasta entonces, las obras del filósofo francés, deseo que pudimos satisfacer a nuestras anchas arrellenados en las cómodas poltronas de la Biblioteca Nacional de la Rue de Richelieu.

En trance de documentación y consulta como nos hallábamos en aquellos días, fuimos a ver a M. Schaeffner, técnico del Museo del Trocadero, y le dimos a conocer la colección de objetos indígenas que habíamos llevado a Europa a los efectos de la impresión de nuestro futuro libro. Por Schaeffner conocimos al doctor Paul Rivet, presidente de la Sociedad de Americanistas, director del Museo del Trocadero y reconocida autoridad mundial en estas disciplinas. Un día fuimos a oírle una conferencia en el local de la Rue Buffon, sede de la Sociedad de Americanistas, donde Rivet discursó con su capacidad y talento habituales acerca de su último viaje a México y de la colección de objetos interesantes que de allá traía. En el curso de su peroración hizo el elogio del socio M. Capitant, ilustre americanista francés que acababa de fallecer. Citamos aquí al doctor Rivet porque en esos días de 1941, en que tuvimos noticia de la muerte de Frazer, llegó a Bogotá escapado con vida de la hoguera bélica en que está convertida casi toda Europa, y esa noticia hizo concebir grandes esperanzas —que después se han realizado— a los amantes y cultivadores de la ciencia y las actividades en que tanto ha descollado el sabio francés. Habría sido imperdonable que el Estado colombiano no aprovechara la venida del doctor Rivet a Bogotá para hacer con ella capital intelectual y cultural en beneficio del país.

Para la época en que conocimos al doctor Rivet en París, se encontraba también en la capital francesa el profesor norteamericano George Grant MacCurdy, curador del Museo Peabody de la Universidad de Yale y autor del precioso libro *Chiriquian Antiquities*, consagrado al arte de los orfebres y ceramistas guaymíes de la región chiricana del Istmo de Panamá en la época precolombina. MacCurdy venía de los Estados Unidos a participar en el congreso anual de

paleontología que debía reunirse ese año en Francia, y se alojaba en el Hotel Louvois, Square Louvois, precisamente en frente de la Biblioteca Nacional donde pasábamos entonces nuestros días y semanas hojeando libros y compulsando textos. Para verlo, conocerlo personalmente y consultarlo, sólo tuvimos que atravesar el Square. Días más tarde, en El Lido, café muy conocido de la Avenue des Champs Elysées, tomamos el té en compañía suya y de la señora de McCurdy, y nunca hemos olvidado —detalle pintoresco— que a ratos nos salpicaban de agua con sus juveniles esparcimientos los bañistas de la piscina al borde de la cual se encontraba nuestra mesa. McCurdy nos invitó a visitar la Universidad de Yale y a dar conferencias sobre folklore panameño en el Museo Peabody que regentaba. También tuvimos que declinar por la fuerza de las circunstancias esa tentadora invitación.

Quedarían incompletas estas reminiscencias si no mencionáramos nuestros entronques con el Instituto de la palabra, que dirigía en París M. Pernot (¿vive aún?, ¿murió?, y en este caso, ¿de qué?), y nuestras relaciones personales con su asistente y colaborador, M. Jacques Stern, alma comunicativa y exuberante que a todos contaminaba de su pasión por lo bello y lo exótico. Stern tenía, además, un cargo importante en el Museo Guimet, donde solíamos vernos y conversar. A diferencia de los casos precedentes, ni M. Pernot ni M. Stern nos pidieron conferencia alguna; sólo colaboración escrita para el Boletín del Instituto, que les prometimos de todo corazón pero que nuestros viajes, trabajos y problemas nos impidieron enviarles.

Compromisos adquiridos con el Instituto Internacional de Educación de los Estados Unidos, a la cabeza del cual se encontraba y se encuentra todavía el ilustre educador y publicista doctor Stephen Duggan, requerían nuestra presencia en ese país a fines de 1929. El programa de nuestras conferencias de ese año académico en Universidades y Colegios norteamericanos comprendía algunas sobre folklore e indigenismo panameños, además de las de carácter internacional, para las cuales nos designaban particularmente nuestra experiencia diplomática en América y Europa y nuestros dos primeros períodos al frente de la Cancillería panameña, de 1916 a 1918 y de 1921 a 1924. Teníamos ya el pie en el estribo, como suele decirse, cuando nos sorprendieron instrucciones por cable, de nuestro gobierno, que nos enrolaron de nuevo en la diplomacia activa y nos hicieron cambiar de rumbo encaminándonos a Berlín a presentar credenciales de ministro al presidente del Reich alemán, el veterano general Paul von Hindenburg, a quien encontramos erguido y vigoroso aún a los 82 años de edad.

Siete años más tarde, en 1936, visitábamos el Museo Nacional de Washington, y en particular al director de la Sección Etnológica, doctor Herbert W. Krieger, muy conocedor de las tribus indígenas panameñas, sobre las cuales ha publicado algunas monografías.

Terminada la visita, salimos a la calle con uno de sus ayudantes y platicamos acerca de algunos etnólogos europeos que se habían dejado escuchar en Washington como conferenciantes. Entre ellos, nuestro interlocutor mencionó a Lévy-Bruhl, y juzgándole con el criterio estrecho del mero especialista nos confesó el desencanto que había sufrido descubriendo la deficiencia técnica del ilustre sabio. No sabemos hasta qué punto fuera justa la apreciación del ayudante del doctor Krieger, pero dando por sentado que lo fuera en toda la extensión de la palabra, es indudable que el joven crítico, absorto en la técnica de su oficio, desestimaba la virtud primordial de las producciones de Lévy-Bruhl: la lucubración filosófica.

Mis Tradiciones y cantares de Panamá fueron impresos en Bruselas en 1930 en un volumen elegante, con ilustraciones en colores del conocido pintor belga Allard L'Olivier, y a fines de año los ejemplares contratados por el gobierno panameño, a que nos referimos al principio, eran entregados y recibidos. El libro fue acogido con muestras de entusiasmo por los círculos etnológicos, antropológicos, artísticos, literarios del mundo entero: marcaba el ingreso de la joven república de Panamá al seno de la comunidad folklórica universal y la prensa de todos los continentes lo saludó con satisfacción y regocijo. En Panamá la opinión fue menos expresiva y unánime en su favor, primero porque la distribución de los ejemplares que se destinaban al consumo interno de la república no vino a hacerse por las agencias oficiales debido a pura negligencia burocrática, sino dos años largos después que los ejemplares destinados al exterior y remitidos desde principios de 1931; y segundo, porque algunos de nuestros compatriotas que profesaban ideas singulares acerca de la civilización y la cultura no estuvieron de acuerdo con que el libro dedicara un espacio considerable al arte, la poesía, la vida de los indios panameños. Se llegó a decir en cierto sector que íbamos a poner en ridículo al país haciéndolo aparecer ante el extranjero como una nación de salvajes.

Que este recelo era totalmente infundado lo demuestra el interés y el aprecio con que fue recibida la obra en los museos, universidades, bibliotecas y sociedades sabias a quienes se remitió profusamente, de lo cual dan fe irrecusable los comentarios llegados a nuestro poder de las cinco partes del globo en diarios, revistas y periódicos que conservamos en gran parte.

Pensar que a pocas horas del Canal de Panamá, en la encrucijada de las grandes rutas marítimas y comerciales del mundo, existen núcleos étnicos a los cuales no ha penetrado aún la luz de la civilización y que mantienen en su pureza primitiva la raza, la lengua, los mitos y las prácticas de la era anterior a la conquista de América, fue una verdadera revelación para muchos de nuestros lectores. Por nuestra parte, nunca hemos puesto en duda que el buen éxito universal de nuestro libro dependió en mucho de la im-

portancia dada en él al pintoresco elemento indígena comprendido dentro de nuestras fronteras y al espacio nada mezquino que allí se le consagró.

Y ahora conviene preguntarnos: ¿por qué despierta tanto interés esas tribus salvajes con sus costumbres, mentalidad, idioma, creencias, tan distintos de los nuestros? ¿Es mera curiosidad? ¿Es frivolidad pueril? En apariencia así es, pero en el fondo hay mucho más. Es un instinto profundo cuyo secreto la inteligencia se encarga de discernir y ahondar.

Nos interesa en el primitivo lo que Zola llamaba "el documento humano"; nos interesa y apasiona el estudio de las reacciones que experimenta al influjo de las fuerzas naturales que lo asedian y atormentan y contra las cuales tiene que luchar y defenderse; nos admira ver cómo en frente de esa naturaleza enemiga, el primitivo se repliega en el santuario de sus conciencias, a la manera del caracol en su concha, y desde esa ciudadela moral elabora su propia concepción de la vida, su propia representación del universo, su propia filosofía, es decir la filosofía de su clan, su tribu o su familia totémica; no es otra filosofía animista que preconceptos de escuela llegaron a atribuirle con persistencia en algunos sectores de la intelectualidad occidental.

Pero el primitivo nos interesa, sobre todo, porque a pesar de la diferencia radical que existe entre su mentalidad y la nuestra, en lo más hondo de nuestro ser nos sentimos hermanos suyos y en sus hechos candorosos e infantiles reconocemos el germen y la expresión de nuestras propias emociones, un testimonio vivo de la solidaridad común y eterna de la conciencia.

Entre todos los hechos un tanto dislocados e inconexos que componen la trama de este artículo, obra como lazo de unión o argamasa cohesiva esa devoción común al folklore y a la vida de los primitivos, de que todos los autores mencionados en estas líneas hemos dado pruebas más o menos importantes y frecuentes. El célebre antropólogo y folklorista inglés que murió en 1941 y con cuyo nombre encabezamos estas reminiscencias, consagró más de sesenta años de los ochenta y cinco que alcanzó a vivir en el planeta a la tarea de profundizar el conocimiento de estas disciplinas mentales en apariencia nimias o pueriles, cuando no demasiado abstrusas para el común de las gentes. Su influencia y su labor en el estudio de los problemas del espíritu son, sin embargo, innegables, y los grandes exponentes de la ciencia y la filosofía contemporáneas lo reconocen así. Díganlo, si no, las hermosas palabras que como homenaje a la memoria de Sir James G. Frazer reproducimos al final de este escrito. Las pronunció M. Lucien Lévy-Bruhl en una entrevista que concedió a M. Frédéric Lefèvre, director de *Nouvelles Littéraires*, de París, y serían dignas de esculpirse como un epitafio en el sarcófago de Frazer. Son la mejor glorificación de su obra paciente y luminosa, a la vez que el reconocimiento más honroso de

la riqueza espiritual de las razas inferiores proclamado desde la altura de una mentalidad superior: "Con la mentalidad primitiva desaparecerán quizá (de la tierra) la poesía, el arte, la metafísica, la invención de las ciencias; en resumen todo lo que hace la grandeza y la belleza de la vida humana".

En revista Lotería, No. 246-247, pp. 111-123, Panamá, agosto-septiembre de 1976.

NACIONALIDAD Y FOLKLORE

Por MANUEL FERNANDO ZARATE

Para apreciar la estrecha relación que hay entre lo tradicional popular, vale decir, el folklore de un pueblo, y la nacionalidad, basta y es preciso entender los dos conceptos fundamentales que incumben al tema propuesto, o sea, los conceptos de Nación y Folklore. Trataremos, pues, de esclarecer, aunque brevemente, dichos conceptos. Y como el propósito de este pequeño ensayo es el de la divulgación y aleccionamiento dentro del campo de la educación, usaremos métodos de didáctica sencilla.

La definición más simple de folklore, voz admitida desde hace mucho tiempo por la Academia, aunque no la más científica y analítica, es la que se deriva de su etimología. FOLK, en inglés (lengua en que se originó el vocablo), significa "pueblo", en el sentido de una de las acepciones que esa voz tiene en español: la equivalente a "vulgo", gente llana, de cultura incipiente. LORE pertenece al sajón arcaico y significa "saber". Así que etimológicamente FOLKLORE es "saber del pueblo". Naturalmente, puesto que el vulgo o pueblo de que aquí se trata no está formado por gentes ilustradas, el saber a que se hace referencia será un saber empírico, es decir, un saber creado, elaborado o aceptado por el pueblo, aprendido y enseñado sin la intervención de escuelas ni de textos. Es el saber propio de los aldeanos, de los labradores, carreteros, pescadores, amas de casa, y dentro de los pueblos y aun de las ciudades, el saber de los artesanos rústicos, de los choferes, talabarteros, cantineros y en fin, de los gremios naturales de las distintas clases de obreros. El mérito o calidad principal de este saber es el de ser un producto de necesidades primarias y urgentes y fruto de las experiencias propias. Por eso se dice que más que un saber, es una sabiduría. Que es un saber destinado a satisfacer necesidades inmediatas, como lo es el saber culto para gentes cultas, lo vemos y comprobamos, fácilmente. No hay duda, por ejemplo, de que el arte folklórico del curandero o "yerbero" se vincula a la medicina y cumple, en su humilde escala, la función de ésta. Podría decirse que el adivino y el brujo se adelantaron a los sabios que predicen el tiempo o los fenómenos sociales. Los humildes artesanos y las industrias hogareñas son las precursoras de la manufactura moderna. Y también las bellas artes que proveen los altos goces del espíritu cultivado tienen en el folklore sus antecedentes y aun fuentes ubérrimas. Muchas de nuestras populares coplas y décimas son dechados de poesía y de ingenio, y lo mismo cabe decir de la música y la danza, los autos y dramas, la vestimenta y los adornos. Ve-

mos, pues, que ese saber es inmenso y variado y que el folklore comprende mucho más de lo que se piensa comúnmente y se extiende a todas las actividades del hombre, tanto materiales como espirituales.

Conviene observar que el saber popular o folklórico se empalma y se entrelaza a veces en los pueblos y en los arrabales de las ciudades, con el saber "culto", y a menudo se deja influir por él, lo cual no es defecto cuando el mismo pueblo es el que espontáneamente toma, asimila y acepta esas influencias. Pero suele ocurrir a menudo que ciertos osados "artistas" semi-cultos se apropian de lo folklórico, le introducen elementos arbitrarios, y naturalmente, lo adulteran. De allí que sea frecuente encontrarnos con hechos, cuya legitimidad folklórica es discutible y a veces cuya adulteración es francamente manifiesta y chocante para el buen conocedor (los flecos en el calzón ocuëño, la bandera en un bordado de pollera, el tamborito con aire de cumbia, la pelea de gallos en una rueda de tambar, etc.) Por eso es prudente poseer datos o señales que permitan reconocer lo folklórico y distinguirlo de lo que no lo es. No podemos extendernos sobre esta materia, pero diremos algo. Un hecho folklórico (música, danza, canto, indumentaria, etc.) tiene que ser necesariamente: anónimo, popular, tradicional y funcional además de otras características. Tomemos un sólo ejemplo: el refrán "camarón que se duerme se lo lleva la corriente". ¿Quién es el autor? Jamás se sabrá. Luego es anónimo. ¿Se halla difundido en el pueblo? Sí, pues todo el mundo lo sabe; es posesión del pueblo, es popular (compárese con la popularidad de los gallos marcados en la espalda de las camisas de un "montuno"). ¿Se aprende el texto? Nunca. Se transmite oralmente, es tradicional. ¿Cumple alguna función? Claro que sí: Nos enseña o alecciona; no descuidarse ante el peligro. De todo esto se concluye que el refrán en cuestión, es una auténtica muestra folklórica. El dictamen no es siempre tan fácil, pero un poquito de ejercicio y ampliación de las reglas nos permitirá reconocer lo legítimo y rechazar, hoy cuando el folklore está de moda, esas invenciones con que algunos pseudo-folkloristas ofenden la dignidad y la belleza del verdadero folklore.

De entre el vasto y variado material folklórico, hay uno que es el que más conocemos, sin duda el más bello y el que más amamos. Podríamos llamarlo folklore artístico: comprende la música, la danza, los cantos, los cuentos, las leyendas, la poesía y la indumentaria. Es el folklore que todos sentimos con emoción más o menos honda y en el cual intuimos que hay algo de la fibra y de la savia de nuestra tierra, por su inconfundible forma y por su mágica virtud evocadora. No se necesita ser filósofo ni psicólogo para apreciar, cuando gozamos de los ritmos, de las endechas o de los colores y prestancias de ese folklore, que en realidad él, "nos hace sentir más panameños", que él robustece y exalta el sentimiento de la

nacionalidad. Pero más diáfana se hará esta afirmación y más valor le daremos si nos explayamos un poco sobre el contenido y complejidad del concepto de Nación y de Nacionalidad.

La Nación la constituye una agrupación de individuos aglutinados por un deseo común de vivir juntos y por el sentimiento y conciencia de ser todos partícipes de un patrimonio, de poseer en común también un sentido de vida y una voluntad. Es a ese sentimiento al que podríamos llamar nacional y a la conciencia y cualidad de él, nacionalidad. Lo nacional será lo que es o pertenece a la Nación como grupo o ente moral. En este sentido, que podríamos llamar antropológico o filosófico, la Nación y la Nacionalidad son fenómenos naturales, propios del ser emotivo y social que es el hombre. De esta realidad deriva y se confunde con ella, a veces, otra, en la cual la nación y la nacionalidad se hacen sujeto jurídico y político con funciones de derecho y de poder. Nuestras especulaciones presentes tratan del concepto primero y no del político.

Se confunde en el habla común el término nación con los de gobierno, pueblo, estado, patria, república. Se debe en parte a la poca precisión con que se poseen esos conceptos y también a la elasticidad y genio sintético de nuestra lengua. Pero si quisiéramos destacar la idea capital de cada vocablo, veríamos que ellos difieren en contenido específico. Así, con la palabra República se expresa líquidamente una forma de gobierno que es distinta de la monárquica, de la patriarcal o la teocrática. País significa, sobre todo, la circunscripción y área geográfica, que coinciden casi siempre, pero no infaliblemente, con un límite nacional. Nótese que paisano significa a veces "connacional", pero otras, alude a aldeano o campesino. Patria tiene un sentido más sentimental que moral, más de síntesis emotiva que de realidad física, es un complejo edificante de amor, no de persona, como la Nación. El Estado es la forma jurídica que toma la nación para su propio gobierno. El gobierno es el instrumento o mecanismo que el Estado emplea para mantener el orden, administrar los bienes y cumplir con las funciones que le están encomendadas. El Estado es sólo algo en quien el pueblo, que por sí mismo no puede gobernarse directamente, ha delegado las facultades de poder, soberanía, mando, etc. El pueblo es la gente, la población que reconoce y acepta una jurisdicción y gobierno común. Podemos ver, sin esfuerzo, que en ninguno de los conceptos aquí esbozados aparece claramente contenido el de nación o el de nacionalidad. El de pueblo es sin duda el que más afinidad tiene con nación. Sin embargo, pueblo, para el sociólogo o el antropólogo tiene valor y sentido un tanto diferente y con menos valor humano, me parece a mí, con más calidad física que moral. No todo grupo humano constituye una nación, como no todo individuo es una persona. La Nación es mucho más que el pueblo; es la superestructura moral de él; su conciencia de ser. Para la nación es esencial un largo proceso de formación, un

conjunto de componentes psíquicos, la inexorabilidad de su aparecer, su evidencia inmanente. La Nación es un ente real y moral más complejo y fundamental que los otros mencionados. Es también, en cierta medida, independiente de y anterior a todos ellos. Antes de que los panameños se independizaran de Colombia, antes aún de separarse de España, teníamos ya una nacionalidad, es decir, un parentesco entre sí, la conciencia de un destino, de un modo de ser y de una voluntad común. Un estado o una República pueden improvisarse en cierto modo. La Nación es la resultante de un largo proceso de convivencia. Una sociedad puede hacerse o fracturarse al azar, puede relajarse y desaparecer en un corto lapso. Una nación, con su estructura moral sobre la física, difícilmente se aniquila o modifica. Piénsese en la Nación judía, que ha sobrevivido al tiempo y a la tragedia errante por milenios. Y la de Polonia que sobrevivió el interregno en que su territorio estuvo dividido entre poderosas potencias.

Quizás comprendamos mejor el hondo sentido de la nacionalidad si enunciarnos los principales factores que contribuyen en el tiempo y en el espacio a su formación. Algunos de los elementos son fundamentales para la formación, otros son coadyuvantes. Lo básico y absolutamente insustituible, ya lo hemos mencionado, es el pueblo y no volveremos sobre él.

El territorio es poderoso y básico factor de formación de una nacionalidad. Ya hemos indicado que la conservación de la nacionalidad puede verificarse sin el asiento o suelo, una vez que el sentimiento y la virtud de ella se hallen completamente fraguados. La tierra que ofrece al grupo sustento y visión; lecho solaz; que estimula el goce, atestigua penas y acoge los últimos alientos y las cenizas corporales, necesariamente se hace nodriza y cala en el subconciente. Mucho tiene de cierto, aunque no de absoluto, las afirmaciones de que el alma de un pueblo tiene relación visible con el paisaje. Por ejemplo, el carácter alegre de las gentes de las zonas marítimas, el circunspecto de las tierras altas, el diligente de las latitudes templadas, el hosco pero esforzado de los predios áridos. El sentimiento de apego al solar que sustenta es ley biológica y espiritual. El forma un sedimento de seguridad, a la vez que de orgullo, de gratitud, de nobleza, de estímulo para la lucha y defensa, sentimiento que al ser colectivo une y da un sentido a la vida del grupo. He allí una simiente de lo que puede llamarse ya sentimiento nacional. Hay una redondilla de décima recogida por nosotros en Pedasí, región panameña en que cada hombre es poseedor real de un pedazo de suelo, en la cual el poeta rústico capta la idea que hemos esbozado, en una forma que conmueve y convence. Dice:

El que no tiene un rincón
no sabe de sentimiento,
carece de fundamento,
de tino y de dirección.

Aducen los estudiosos como elementos coadyuvantes los de raza, religión y lengua. Sin negar la influencia que tales factores pueden tener en la tarea de amalgamar voluntades, debe tenerse mucha cautela y dominarse bastante el tema, para juzgar en sus dimensiones adecuadas los aportes y también los inconvenientes, que dichos elementos han tenido en la formación de las nacionalidades. El concepto de raza no involucra ya hoy una psicología o carácter dado ni propugna tampoco la idea de que pueda existir una agrupación humana que responda con cabalidad a un patrón somático, a una sangre o a una herencia mental. No hay pueblo que pueda pretender la posesión de una genealogía sin mezclas, y si lo hubiera, carecería de fundamentos para pretender que ello le da una superioridad sobre otros que no la ostentaran. La Biología, la Antropología y la Psicología han desprestigiado, por suerte, las nefastas doctrinas racistas que dieron su aporte a flagelos humanos como el hitlerismo. Infortunadamente es difícil y lenta la divulgación de estas ciencias y ello mantiene recios vínculos entre individuos de parecida fisonomía con discriminación y negación de simpatía para los que no la ostentan. Eso hace creer, por ejemplo, que sea inevitable e inmodificable el hecho de que los indígenas se resisten por hoy al mestizaje o siquiera a un pleno entendimiento con individuos de otros orígenes dentro del mismo país, o que nuestros grupos de marcada ascendencia hispánica sientan entre sí vínculos que no pudieran existir entre sus componentes y las gentes de color, indígenas o de franco mestizaje. Nos parece que éstos son prejuicios o errores que irán desapareciendo con los progresos de la cultura. Por desgracia su permanencia se debe en mucho a doctrinas creadas por hombres de enorme prestigio intelectual, pero sujetos a ideologías e intereses que dieron por resultados las empresas colonizadoras del siglo pasado. Respecto de lo racial, todo lo que yo me atrevo a decir es que el surgimiento de una nacionalidad sí requiere una especie de estado de equilibrio o punto de reposo en los procesos del mestizaje, lo cual se logra normalmente en la convivencia. Puede también aceptarse que la composición etnográfica o de mestizaje tiene cierta influencia en los modos de expresión del sentimiento nacional. Y muy poco más habría que decir.

Los factores religión y lengua son más conspicuos que el de la raza, porque ellos tienen un dominio espiritual que no tiene éste último. Pero ellos se han prestado a falsos pronunciamientos. Cuando uno considera que el cristianismo influyó poderosamente en la formación y la naturaleza de las nacionalidades de Occidente, no debería olvidarse que a pesar de la gran unidad de la doctrina, el número de nacionalidades fue grande. Si es cierto que la fe católica sirvió a la unidad nacional de España, cabría tener en cuenta que ésta fue también el resultado de una guerra secular de reconquista y un hecho necesario para la defensa futura, en las cuales no

puede negarse el valor de la religión, como acicate. La falta de unidad nacional en países como India y Paquistán cuenta entre sus causas determinantes el factor religioso, pero no es él solo. De otra parte casi todas las naciones europeas existen por encima y a pesar de la diversidad de religiones que profesan sus pueblos dentro de una misma delimitación. Creer en un mismo Dios y orar en los mismos términos, ciertamente obligan a una comunión espiritual, pero puede existir una comunión compatible con distintos credos religiosos. Ello es posible hoy cuando es una realidad la libertad de cultos y el consiguiente apaciguamiento de los fanatismos en materia religiosa.

La lengua es un factor de una fuerte dinámica. No es necesario que una lengua sea exclusiva de una nacionalidad, pues bien vemos que el español, el inglés y el francés, son, cada uno, bien legítimo de diversas naciones. Pero la lengua implica un modo de expresión y de pensamiento que constituye a la postre un lazo espiritual dentro del grupo. Cuando en una nación existen grupos que tienen lenguas distintas, es porque bases más fuertes que la lengua, desde la formación de la nación, fueron suficientemente fuertes para superar la división creada por las lenguas. En ello no hay daño alguno. Pero si una nación deja que la lengua se corrompa o pierda, con ello se pierde algo del modo de ser nacional, y el daño es irreparable. De allí que la contextura y el vigor de la lengua con que se expresan los grupos nacionales deben ser motivos de cuidado y conservación.

Entre los factores morales de la nacionalidad existen dos que deben considerarse básicos: la Historia y las tradiciones. La historia mantiene vivo el recuerdo del pasado común y el culto y memoria de los seres que dieron lustre a la nación. Así como en una familia todos sienten orgullo y estímulo por el gesto heroico o las virtudes de un antepasado, y encuentran en ese recuerdo un motivo de acercamiento, así los pueblos tienden a acercarse por motivos históricos. Por eso vemos que aún en las sociedades primitivas la historia se transmite mediante los relatos orales de sacerdotes o narradores consagrados. Con mayor razón el cultivo de la historia y en particular sus elementos edificantes, deben ser factor educativo indispensable en los pueblos cultos.

El otro elemento primordial de aglutinación es la tradición popular y los componentes de esa tradición. Es aquí donde tiene su puesto el folklore. Este factor es tanto más importante cuanto que parte de él reemplaza en el pueblo que lo practica, la emoción histórica, ya que ésta es más bien patrimonio de la gente "cultas". Pero además, sabemos que muchas de las formas del folklore, en especial las de carácter recreativo, ejercen en personas cultas y no cultas un impulso anímico y una emoción ineludiblemente asociados al ámbito nacional. En el vulgo que practica el folklore, la magia de éste es, desde luego, insustituible como elemento de fusión

y de arraigo. Desde la cuna el hombre común ha vivido unido a ese mundo material y espiritual que es el folklore y es natural que lo confunda con la esencia de su región y de su país, aun cuando carezca de la facultad de análisis y no muestre mucho, conciencia de ello. Instintivamente allí encuentra él un motivo o un sentido que lo liga a un grupo o familia y a una región diferenciada. El folklore representa toda su cultura y todo su saber, y siendo un patrimonio propio, tiende a defenderlo y conservarlo. Reflexiónese un poco lo que para el hombre del campo sin grandes horizontes culturales, ni grandes riquezas materiales, significa la seguridad de una choza y de una casa poblana, de un trozo de suelo con su molinenda, su chiquero y su corral, la familiaridad de la quebrada y el cerro vecino, las "juntas" y alegres faenas de desmontes y cosechas, y en las noches el descanso en las tertulias amenizadas con cuentos y relatos; y en los días de fiesta, los cantos regionales, su música y sus danzas, su indumentaria y sus adornos, sus lances de hombría, sus facultades de cantor o de poeta, en fin, todo eso que hoy llamamos la tradicional laboral y recreativa del hombre del agro. Considérese cuál ha de ser la fuerza emocional de todo ésto, para atar los hombres entre sí para unirlos al suelo y al ambiente y para darles ese sentido y conciencia de valor comunal, que es cuenta, además, que el folklore, como la nacionalidad, son resultantes de largo proceso de formación y que precisamente dichas formaciones son concomitantes, en el tiempo y en los sujetos que los elaboran. Son fenómenos inseparables que tocan simultáneamente las mismas fibras del individuo. No es extraño, pues, que el hombre del pueblo sienta confundirse en él patria y canto nativo y que el poeta rústico diga con sencillez:

Panamá tierra querida,
en donde me crié y nací,
desde que te conocí
mi corazón no te olvida.

Se explica así que abunden las coplas y décimas con el tema de la montaña más esbelta de la región, con el del "palito de uvero", con el del viejo socabón o guitarra campesina y que hoy esa musa se halle toda llena del tema y del conflicto entre nuestros derechos soberanos y las imposiciones y regateos de los tenedores de la Zona del Canal. Yo creo que así como a veces se ama una mujer sólo por sus ojos o por su sonrisa, así nuestro hombre común ama a su patria y siente su presencia por cualquier rasgo o bondad de su rincón; y no hay duda de que ese hombre ama con ansia su tradición, su suelo, su pueblo. Nótese que en las regiones de nuestro país en donde la población no posee ni practica un folklore definido, el sentido y vigor de la panameñidad son más flojos y a veces inexistentes. Nótese que el arte culto busca instintivamente en el folklore inspiración para su renovación y para su sentido nacional, es decir, para realizar su valor frente al concierto del arte univer-

sal. Obsérvese, en fin, cómo el pueblo se recoge y casi siempre se exalta bajo el estimulante de los cantos, música y danzas nativas. Ese recogimiento y participación instintiva y conjunta, por lo menos en forma espiritual, entre espectadores y ejecutantes, es cierta en los casos en que oímos por vez primera vez una tonada o vemos una danza, oriunda de una provincia o región que no es la natal nuestra. Oí una vez a un amigo ya desaparecido, culto e ingenioso, decimos con algo de humor, que él no sabía dar un paso de tamborito, pero se daba perfecta cuenta de que nada ponía más de acuerdo a dos panameños que una rueda de tambor. Me parece todavía de un gran alcance aquella afirmación, la cual expresa mucho la mágica virtud de nuestro primer baile nacional.

No hemos pretendido con esta disertación y llevados por nuestro gran amor a la tradición panameña, afirmar o hacer creer que ella es la única y constante fuente de la nacionalidad. Tampoco, al defender la autenticidad y conservación de los patrones folklóricos osamos oponernos a las leyes de su natural plasticidad y evolución. Pero sí, al terminar afirmamos que la tradición popular, y en particular el folklore, son de los más vigorosos ingredientes del sentimiento de la nacionalidad. Ese tan discutido sentido o concepto de lo "panameño", habrá de encontrarse cuando a los elementos que hoy se le adjudican, se le sume el de la tradición popular. Sostenemos también que todavía nuestros estadistas y dirigentes, nuestros educadores y nuestras elevadas instituciones de cultura, no prestan al folklore la atención ni el celo que él merece. Propugnamos por una empresa oficial para la explotación, la recolección, difusión y exaltación de nuestro folklore. Clamamos también por una labor de fiscalización para que elemento tan digno como éste no sea presa de adulteraciones, de explotación y de abusos. Que se procure su empleo como goce del espíritu, para la cultura y para la integración creciente del espíritu y de la soberanía de la Nación, de la cual es indudablemente un elemento y un símbolo eficaz.

En revista Lotería, No. 65, pp. 35-42,
Panamá, abril de 1961.

NUESTRA POSICION FRENTE A LAS TEORIAS FOLKLORICAS

LAS TEORIAS FOLKLORICAS EN PANAMA

Por DORA PEREZ DE ZARATE

Nuestra pequeña faja de terreno entre las dos grandes porciones geográficas de América, siempre ha sido vista como punto esencial para acortar caminos, reducir distancias. Es posible que esta condición geográfica haya influido para que no solamente el mundo exterior piense así, sino también para que los nacidos en esta tierra de sol, verdor, humedad y calor aparenten, por lo menos, esta peregrina postura. Cualquiera diría que siempre estamos esperando viajar. Llevamos inconscientemente una pátina de humanidad en tránsito y quizás esta sustancia que penetra profundamente en nuestra alma, nos haya hecho descuidar muchos aspectos de nuestra vida comunal. Hoy día carecemos de archivos enriquecidos por el ejercicio de la investigación; carecemos de bibliografía en casi todos los órdenes; carecemos, en fin, de bases firmes que nos permitan abrir nuevos caminos.

Ello es más notorio en lo que respecta a la cultura tradicional popular, cuyos estudios han estado hasta el presente en manos de aficionados. Así, mal podríamos descubrir a los extraños lo que poco o nada conocemos nosotros mismos y aunque sobre cuestiones sociales, políticas, educativas, o económicas, siempre existe un mínimo de ideas comunes que permiten al menos discutir y hablar de ellas en las aulas o en la tribuna pública, sobre el patrimonio folklórico, dos o tres personas a lo sumo, podrían decir algo. La verdad es que de esto sabemos menos; poco se ha escrito y sobre la ciencia del folklore sólo hemos abrevado en las fuentes que nos han proporcionado los científicos extranjeros, estudiosos del tema de los cuales hemos acogido lo que nuestro juicio de legos ha visto con claridad. ¿Teorías propias, meditaciones propias? Casi nada. Conocer o practicar cualquiera de nuestras manifestaciones rítmicas, que es lo que hacen muchos de los que se tildan a sí mismos de folkloristas, bien sabemos que no significa conocimiento del campo que nos ocupa, aunque así lo crean ellos y de estos tipos hay muchos en Panamá. Sí sabemos de la necesidad de una disciplina científica; del conocimiento amplio que permita encajar y dar significado al acontecer tradicional y popular panameño dentro de las ciencias folklóricas. Necesitamos premisas, razonamientos; éstos no pueden existir sin aquéllas y son precisamente estas premisas para el razonar y el conocer folklórico las que nos hacen

falta.

Nuestra bibliografía folklórica es escasa; dentro de ella no hay teorizante, pero sí algunas obras de investigación de marcada intención científica. Fuera de esto poseemos literatura costumbrista numerosa: cuentos, narraciones, novelas, pero el estudio del folklore es más asunto de dibujo técnico que de pintura artística. Hemos logrado algunos ensayos como el de D. Narciso Garay titulado "Tradiciones y Cantares de Panamá," publicado en 1930, obra considerada como pionera y por esta misma razón tiene mucho de los defectos de que adolecen las primicias, sobre todo si la enmarcamos dentro de los puntos de vista de la ciencia folklórica. No hay en ella dedicación, ni ordenación en este sentido, pero el talento de su autor, su autoridad en el campo de la música la hacen obra de mérito.

Tal interés despertó esta obra, que pronto los aficionados comenzaron a trillar por el sendero. Sin embargo, no fue hasta 1952, cuando se produjeron las obras que habían de marcar un jalón en el acontecer folklórico de Panamá. Ese año se premió en el Concurso Ricardo Miró, la primera obra de investigación folklórica titulada "La Décima y la Copla en Panamá", de los profesores Manuel F. Zárate y Dora P. de Zárate, la cual abrió caminos y sacudió beneficiosamente la opinión pública. Otra obra fue la colección de "Cuentos Folklóricos Panameños", del profesor Mario Riera Pinilla, simple colección de cuentos, pero buena y cuidada, hecha ya bajo las exigencias de las disciplinas científicas en el campo de la colección folklórica. Cuatro años más tarde se publicó "Nanas, rimas y juegos infantiles que se practican en Panamá", de Dora P. de Zárate, que según opinión de muchos es lo más completo como estudios de esta clase en Panamá. En seguida otra obra del profesor Manuel F. Zárate y el "Refranero panameño" de Luisa Aguilera de Santos, la cual se inclina más al quehacer literario y de la lengua que al estudio folklórico.

Este movimiento, en lo bibliográfico, naturalmente había de llevar al estudio y a la investigación no sólo de los temas que se desarrollaban en las obras, sino también de la ciencia que los respaldaba y de allí que los interesados como lo han sido los esposos Zárate, comenzaran a promover el favor general sobre este campo completamente virgen en nuestra patria y lograran que la Universidad de Panamá invitara a notables folkloristas a dictar conferencias en sus aulas. Llegaron a nuestro terruño en una ocasión, D. Vicente T. Mendoza, de México; en otra, Ralph Steele Boggs, de Norteamérica; más tarde, Luis Felipe Ramón y Rivera, de Venezuela y luego, Paulo de Carvalho Neto, de Brasil. La amistad de los Zárate, con ellos y sus obras, trajo nuevos amigos y canje de ideas, tanto con los latinoamericanos como con los europeos y de allí que ellos hubieran llegado a algunas conclusiones que trataremos de exponer en la mejor forma posible.